

Tercera época

I

Estábamos en un apartado café de los barrios antiguos. Bohemios, tratantes, y, de vez en vez, alguna que otra meretriz barata llenaban a medias los mugrientos divanes, o se congregaban alrededor de los veladores céntricos; reinaba en todos los semblantes una alegría hartamente diferente en cada grupo: Era la de los bohemios una alegría humorística, adornada a veces por andrajos artísticos, alusiva a la situación indigente o a los sueños que todos las noches brotaban en los cerebros cansados y en las imaginaciones estilizadas hasta el dolor. La que se dibujaba en los tratantes y carreteros provincianos era una alegría burda y ojerosa, alegría corporal, simbolizada en un grueso puro y en las copas de ron que parecían bailotear sobre los mármoles macilentos y sucios. Quedaba, por fin, la alegría pintarrajeada y hermética de la mujer pública; eran de ver los gestos grotescos y las miradas impudicamente idiotas que engendraba la alegría de aquellas pobres vendedoras de placer; los bohemios las enviaban, de vez en cuando, frasecitas bien hechas, o componían estrofas que dedicaban dadivosos a sus hermanas —hermanas antípodas— las rameras. Es verdad, estos bohemios, rodeados de humorada artística y espiritual, serían capaces de dar por dos pesetas jirones de su arte, envolturas de su alma inspirada, todo, en fin, cuanto poseyeran de sublime, por un plato regularmente condimentado, por una prenda ramplona, o por una hora de placer en uno de sus delirios eróticos. Su crimen, su pecado al obrar así, es infinitamente más grave que el de Esaú, que el de las rameras mismas, pues éstas ofrecen piltrafas y deshacen un cuerpo de suyo nauseabundo, y ellos materializan la espiritualidad...

Estábamos en este café —que era el Ventolero— mi amigo Alberto Pineda y yo, recostados sobre los respaldos malolientes e inundando nuestra vista de humo pesado y vapor elevadísimo. Nos reuníamos allí todas las noches, donde planeábamos nuestros trabajos y hacíamos balance cotidiano de la formación artística. Ahora permanecíamos mudos, llenando de recuerdos abismadores las cavernas del espíritu...

Hacía un mes que estaba yo en Madrid. A los pocos días de llegar, paseando por la calle de Alcalá, me encontré con Pineda, mi compañero de estudios en el colegio jesuítico, a quien no había vuelto a ver desde entonces; nos reconocimos y nos saludamos con efusión.

—¿Y qué haces aquí?—, le pregunté.

—Chico, el arte, bien recordarás que me moría por la pintura; soy alumno de la Academia de San Fernando, ahora salgo de la clase de colorido y luz. ¿Y tú? No sé qué me dijeron de que escribías...

—Sí —le contesté—; mi espíritu arde de extrañas inquietudes, que procuro apagar depositando su fuego en cuartillas y cuartillas; aspiro a ser algo..., mucho, en literatura. Ya veremos.

Sentíamos ambos esa fraternidad comprensiva que emana de dos temperamentos sugestionados por la lucecita arrolladora del arte. Desde aquel día del encuentro nos veíamos todas las noches en el «Ventolero», lugar donde nuestras imaginaciones daban cima a los pensamientos que, de vez en cuando, aparecían humanizados en las comisuras de los labios. Pineda, imbuído de ideas pictóricas; exponía semejanzas, paralelajes, trataba de

estilizar ideas comparativas, casi señalaba la ruta de la emoción artística, estudiando su ciclo formativo, su período ingénito: «¿Debe ser el Arte *una cosa* tan propia del artista, que éste, al producirlo, se limite a abrir su alma, su corazón, su cerebro, en fin, el órgano donde acapare las concepciones bellas, o debe estilizar las impulsiones naturales que se sucedan con los influjos poderosos de los tiempos pasados, de las indudables presiones contemporáneas, o, más simplemente, debe buscar el órgano estilizador en la parte profana (1) de la sociedad, con objeto de seguir un muy posible anhelo de completa adaptación?»

—Hombre, sí —contestaba yo—, son muy complejas las derivaciones del Arte, algunas quizá exijan un apartamiento influyente, necesario para mostrar la belleza aureolada de una independencia, simpática al artista; muy bien, pero ya verías como ese arte —que no parece una cosa creada, sino un legado que hizo la *Fuerza ignota*—, rebajaría totalmente al artista, considerándolo como un objeto mecánico, provisto de engranajes, válvulas y demás cachivaches necesarios para dar salida a la humorada sublime; por otro lado, se consideraría al Arte una producción inconsciente, rutinaria, salida al azar de un alma, hueca de entusiasmos propios; ya sabes que hoy las cosas se aprecian según quien las produce, y para esta sociedad que no comprende, la diferencia entre lo artístico y lo grotesco iba a ser bien poca; también pudiera suceder que le dieran un sentido diferente, es decir, que vieran esa formación con sensibilidad...

—Religiosa— me interrumpió Pineda.

—Eso es; el espíritu humano, muy propenso al misticismo, tardaría muy poco en apreciar en el Arte una mano divina, un origen teosófico. Y sería fatal, querido Pineda, sería fatal... ¡¡el Arte hecho Religión!! No cabe mayor desvarío, moriría definitivamente la emoción artística, y una humanidad que no sienta *esa emoción*... se derrumba, se hunde, desaparece...

—Es un buen razonamiento, creo lo mismo —dijo mi amigo—; pero sigue con los puntos restantes.

—Primeramente, creo vislumbrar en el sentido global de tu interrogación todo el misterio del Arte, es más, encierra su historia formativa, la definición completa para estudiar sus fulgores..., mira...

En esto, entró en el café un individuo que se dirigió a saludar a Pineda. Fuí presentado a él: Antonio de Castro..., Luis Ormaitegui...

—Simpatizaréis —exclamó Pineda—, la literatura os une a ambos.

Miré al nuevo amigo. Era de una estatura mediana, joven, flexible, mirada expresiva y simpática, vestía traje negro y sombrero de ala ancha. Al oír las palabras de Pineda nos miramos de nuevo y cambiamos unas frases; era redactor de una revista gráfica y había publicado varias novelas cortas.

Simpatizamos, en efecto, aunque desde un principio pude notar la imposibilidad de intimar demasiado; nos distanciaba grandemente la visión que cada uno poseía del arte literario. Como yo llevo siempre conmigo el insaciable temperamento de la polémica cordial, de la ineludible discusión, a los pocos minutos tuve la suerte de saciar mi espíritu inquieto o de lanzar una vez más la flor de mi idealidad literaria. Pineda, al hacer un muy respetable panegírico del arte pictórico en general, tuvo para la literatura unas palabras que, estando muy de acuerdo con las corrientes actuales, me incitaron a hablar.

—Pero, ¿te has fijado bien, querido Pineda? —le dije—. En este mundo todo es literatura o dimana de ella; sus frases forman espíritus, estilizan y concretan debidamente

los anhelos humanos; ahora bien, la literatura, en su acepción particular, la cultivan hombres, personas humanas, está, pues, sujeta a variaciones que alteren considerablemente su vigor ético o su impresionabilidad espiritual. Hoy, por desgracia, atravesamos un ciclo decadente, estamos presenciando la ruina definitiva de la novela, género el más adecuado para inyectar en los lectores un ideario; del teatro no hablemos; la filosofía —el género literario más superior— no existe; únicamente se va desarrollando con cierto vigor el ensayo, pero bien poco cabe esperar de él, las impresiones que produce son esporádicas, se esfuman fácilmente en el roce ineluctable que tienen con el azaroso vivir cotidiano; los ensayos se leen en el café, en el tranvía, en el paseo, de sobremesa, etc., etc.; no se puede revestir su lectura con el debido cuidado cerebral, carece de continuidad y fuerza de argumentación superior, trata las cuestiones de ligera, dándole, no la extensión que quisiera el escritor, sino la señalada de antemano en el fondo de un periódico, de una revista. Pero, vean ustedes, con atravesar la novela una época decadente se cultiva mucho, muchísimo, alcanzan tiradas fabulosas que parecerían inverosímiles hace cuarenta años; sin embargo, yo sigo diciendo: «La novela decae, decae y morirá.»

—¿En qué lo funda usted? —me pregunto Ormaitegui.

—Pues en varias causas —le contesté—. Una de ellas, quizá la más importante, es su matiz puramente instrumental, productor de amenidad más o menos vaga, de emociones más o menos truculentas. Fuera de unos cuantos novelistas que quisieron marcar a sus producciones un rumbo y un cauce más profundo y estilizador, todos los demás son creadores de un género ínfimo; muy lejano del límite a que debe llegar la novela. Claro que esto, señor, no quiere decir nada, yo podré estar equivocado. Fíjese bien en estas admirables palabras de Amiel: «Lo útil sustituirá a lo bello, la industria al arte, la aritmética a la poesía.» Encierran toda una profecía hiperbórea, crujiente, dicha por Amiel en uno de sus momentos de indudable escepticismo; pero ha acertado, sí, el mundo se industrializa y el arte desaparece, no le dé usted vueltas, todo será causa de un mortífero ciclo decadente. Yo les hablaré, como lo voy haciendo, de la novela; sus lectores serán cada vez más profanos, llegará día, quizá, en que los únicos que las lean sean esos mismos industrializadores encargados de mecanizar el mundo, de formar con él una masa uniforme, donde todo se repita con recalcitrante fatuidad. Sería el caos, vamos, sería el caos...

—Hombre —repuso Ormaitegui— si llegara ese estado de cosas, yo haría una literatura muy de acuerdo con sus modales; los hombres seguirían leyendo...

—Yo —interrumpió Pineda— pintaría cuadros para adornar talleres o para anunciar industrias; después de todo, seguiría viendo en esos cuadros la mano del arte y de la estética.

—Yo no escribiría nada —repuse—. Tienen ustedes muy buen humor.

—Y usted, a su vez, es demasiado sombrío —dijo Ormaitegui.

—Quizá —le contesté.

—Diríase que un inadaptado.

—Puede ser —dije con visible enojo.

—Por eso no se moleste. Nietzsche se encantaría cuando lo llamaran solitario.

—Piensa usted mal si cree que me he enfadado yo no me *enfado* nunca.

—Bueno, a ver qué pasa —dijo Pineda— parece que os vais a tirar los vasos a la cabeza.

—¿Le gusta la producción teatral? —me preguntó Ormaitegui, como dispuesto a sondear mis aficiones.

—Sí y no.

—¿Cómo puede ser eso?

—Pues muy sencillo; vea usted: me encantan, me fascinan, admiro con toda mi alma las tragedias, lo dramas y hasta las comedias con visos profundos; odio las bufonadas de los sainetes y de los juguetes cómicos; soy indiferente a las comedias y a las zarzuelas, y pisotearía todas las revistas, exhibiciones, operetas de mala muerte...

—Es usted bien particular.

—Sí, pero mi particularidad nace de una bien definida ideología.

—No lo dudo, vuelvo a repetirle que es usted un inadaptado, y le profetizo que será siempre un incomprendido.

—Lo sé.

—¿Y no lo teme?

—No, lo considero como una de las armas que esgrime la *Vida* contra mí.

—¿Y de dónde proviene ese odio a lo cómico, a lo que en muchas ocasiones distrae a los espíritus? Usted; no dudará que en la psicología del individuo entran de lleno todos esos accidentes; muchas veces en la vida queremos reír, porque es un medio de combatir la melancolía, la roedora nostalgia; hacen falta risas, impresiones cómicas; por otro lado, el arte es belleza, la belleza debe resultar agradable a los ojos del alma...

—Dice usted bien, a los ojos del alma, pero, ¿es que las risas llegan al alma? Tienen cierta relación espiritual, pero únicamente de dependencia de un estado del alma; nunca las risas influirán para nada en esté estado. Yo, querido amigo, odio la risa fisiológica, me sabe a un sonido gutural de mono retozón, me excita hasta el punto de producirme dolor de nervios. Ya que viene a propósito, le referiré unas frasecitas que oí no ha muchas noches en el teatro a dos señores que ocupaban butacas a mi lado; se representaba la obra cumbre de Shakespeare, Hamlet; como es natural, todo el mundo se encontraba empequeñecido ante la genial producción; en esto, uno de ellos dijo al otro durante un entreacto: «Chico, cuando veo una de estas grandes y profundas tragedias me dan ganas de abandonar mis sainetes, reconozco la superioridad de este género». «Yo no, respondió el otro, ¿por qué ha de ser más importante el arte que hace llorar que el arte que hace reír? Es más, si hay diferencia es a favor de éste». Cuando oí estas palabras no pude menos de exclamar para mi interior: ¡Qué mediocridad! Aquí está el error, respetable amigo, aquí está el error. ¿Por qué ha de hacer llorar una profunda tragedia? El llorar es para mí, por lo menos, tan odioso como el reír; las dos funciones son engendros de espíritus desequilibrados; no hay razón para llorar ni para reír, en ningún caso debe ser justificado el llanto ni la risa. La tragedia, el drama, son seriedad, conmoción de pasiones, espejos fieles de una situación del alma, por eso, y nada más que por eso, la impresión que produce se hermana con los anhelos del espíritu, forma parte de él, se le hace simpática...

—Lo he comprendido, señor —repuso Ormaitegui.

Nos despedimos, quedamos en vernos pronto; si no habíamos simpatizado, la curiosidad de estudiarnos el uno al otro nos uniría.

Era ya muy tarde, las tres de la mañana; las calles, angostas y torcidas, semejaban un culebreo incesante...; la farolilla de un sereno fulgía allá en el fondo...; se oyó una risa de

mujer y una carcajada seca y profunda de hombre...; a mi espíritu le atormentaban grandes inquietudes.

Nota

(1) Al Arte, se entiende.

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»
>SECCIÓN: TEXTOS DE RAMIRO LEDESMA RAMOS
>DOCUMENTO: Sello_019